

*El olor
de los
naranjos*





Personajes

Anciano · Anciana

El Anciano camina por un lugar desolado, casi blanco, calcinado, en cenizas. Hay una banca de parque; la mira, luego mira al este, desaparece.

Aparece una Anciana por el lugar desolado, abre una sombrilla, casi blanca, mira la banca vacía, cierra la sombrilla, luego mira al este y desaparece.

Aparece el Anciano, trae flores blancas, cruza el lugar desolado de norte a sur, desaparece.

La Anciana aparece con una regadera de flores, cruza el lugar desolado de sur a norte.

Transcurre una noche en el horizonte, en el firmamento, al este... se observa humo... como de un incendio, muy lejos.

Los dos ancianos aparecen de repente en un lugar desolado, sentados en la banca del parque.

Anciano: Por fin han colocado una banca. Ahora podremos mirar hacia el este... el este me recuerda la terraza en que jugábamos bolos... tú no sabías jugar, rezabas y mirabas al cielo, te molestaba el ruido de esas maquinas voladoras, te asustabas de las explosiones, cerrabas tus ojitos, llorabas, esperabas que ningún aparato explosivo cayera y destruyera la terraza, las bancas.

Anciana: Bosnia.

Anciano: Recuerdo la vez que te vi, te vi caminar. Eras muy pequeña, llevabas esas trenzas, sobre las rosas azules ya opacas de tu vestido blanco, luego te sentabas, sí, en esta banca y mirabas los arboles chamuscados por el fuego, el fuego que trajeron esos bárbaros que incendiaron nuestro parque... tenía unas ganas enormes de besarte... estaba sucio, mis manos estaban sucias, pero ese día como todos los días, yo limpié la cochera, llena de cerdos, la marranera de papá; mis manos siempre se introducían a las aguamasas... te veías hermosa... sentía tu olor... el calor era insoportable, era una mañana soleada.

Anciana: África.

Anciano: Tu padre nunca me dejó sentarme contigo en esta banca, le molestaba el olor a cerdo; tu padre me prohibió venir al parque a buscar tus manos. La primera vez que te vi, te vi de espaldas, pensé, si es fea qué se le va hacer, te diste la vuelta y no eras fea y te quise... haría cualquier cosa por volver a ver...

Anciana: Venecia.

Anciano: Nunca fuimos, nunca salimos de este pueblo, conoces esas ciudades por el almanaque que colgaba don Enrique en la carpintería... don Enrique, el carpintero que vendía muebles, que construía las bancas, el que hizo casi todo por aquí... antes del incendio.

Su carpintería olía a comino, a guayacán, a roble... el pueblo olía a madera.

Nunca pensé que yo iba a ser tu esposo, yo el esposo de la niña de las cerezas, que olía a fruta. Tú no ibas a envejecer al lado del niño de los cerdos, que olía a corral, a estiércol de marrano, ¿te acuerdas?... ¿te acuerdas cómo me decían? Oíngg, oíngg, imitaban a los cerdos cuando me veían venir... ¿te imaginas una ciudad de cerdos?

Anciana: Berlín.

Anciano: No quería volver a la escuela, pero madrugaba ansioso para poder esconderme entre los árboles y espiarte. Yo veía a tu madre, te traía y se sentaba contigo en la banca mientras tu madre te persignaba... había mucho viento, el viento arrastraba muchas hojas, hojas muertas, quemadas... ese día llego un rumor, era un lunes, empezaba a lloviznar... caían pasquines de las nubes, y llenaron el parque con hojas muertas de papel...

Amenazaron a los gonzaga, a los mosquera... envenenaron las aguas, mataron el ganado, dañaron las siembras y el rebaño de cabras de doña eulalia... había humo... cenizas y flores,

rosas azules como tu vestido y olía a cereza, yo atrapé tu sonrisa con mis ojos...

La gente empezó a correr por toda la calle con dirección a la iglesia y yo te vi llorar; las lágrimas se refugiaban en tus dedos, de esas manos pequeñas y blancas... llorabas por los cuerpos que se borraban ante tu rostro... y lloraste aferrada a tus cuadernos, estabas triste porque no iba a haber clases... a mí se me salió una lágrima por el ojo izquierdo que cayó sobre mi camisa de cuadros verdes, que olía a guayaba; yo le frotaba guayabas maduras, para que no oliera a cerdo... como hoy que huelo a quemado, a humo... y te quedaste inmóvil; tus padres ya no estaban, desaparecieron diciéndote adiós y apretaste tus manitos, mientras tus trenzas se enredaban en tus dedos... y alpidio, el minero que sacaba oro en la quebrada arriba, alpidio entró corriendo y gritó: imataron a don pacho! imataron a don pacho!

Y también mataron a sus hijos... los partieron en pedazos como un mango verde con sal de los que te daba en los recreos de la escuela, partidos en pedazos... ¿recuerdas? Y los tiraron al río... entre ellos iba sultán... sí, ese perro holgazán que ladraba y me delataba en la finca de don pacho cuando cogía naranjas para ti... ese día todo sabía a tristeza... miré por horas el río... y me parecía que era rojo, ya no se podía volver a pescar, me dio miedo, de ese que da en los huesos, había trozos de cadáveres y de

peces, los arboles dejaron de respirar y las piedras decidieron morir... un desierto, todo era sórdido, todo era desolación.

* * *

Pasa frente a la banca, frente a los ancianos, frente a sus ojos, una procesión como de semana santa, o más bien un funeral... la gente vela no muertos sino cosas, van a enterrar una ventana, una puerta, una casa... unos hombres llevan una banca de parque que arde en llamas.

* * *

Anciana: Nueva york.

Anciano: Hace frío... ya no recuerdo tu sonrisa... a veces ni roncas ya, pero todavía hueles a jazmín. Si nos dejan el pueblo sin una casa y queman todos los árboles, la carpintería, si los techos no fueran como cigarrillos encendidos... no te hubieras agarrado a mis manos que olían a sangre, a cerdo; los hombres que vestían hierro, dejaron en el pueblo a los niños, no los mataron... ¿o... sí?, el pueblo estaba lleno de niños, no había padres... los adultos estaban en el río, los arrojaron al río, por turnos, por trozos, caían como pedacitos y nadaban como peces muertos... ¿recuerdas? Nadie supo cómo comenzó el incendio...

todo olía a quemado, todo se volvió negro, hasta nuestras caras, parecíamos negritos; me escondí en la casa de doña eulalia, te escondiste tras el humo...

Anciana: Bueno y... ¿qué hacemos aquí?

Anciano: Esperar.

Anciana: ¿Esperar?

Anciano: Esperar. ¿volverá el olor de los naranjos? ... no veo el hospital, no veo las calles, no están las casas, ya no veo el pueblo, no veo el pueblo... desde que estamos viajando.

Anciana: Cuando era una niña me dijiste que iríamos a una ciudad donde no hubiera ríos llenos de muertos y en donde no cerraran las escuelas por bombardeos, donde no quemaran las casas con todos los muebles adentro... tú solo sabes alimentar cerdos... no encontraremos una ciudad... ya no hay.

* * *

El anciano se para sobre la banca y mira al este, ella se deshace las trenzas. El anciano busca en sus bolsillos, saca una cerilla, la enciende. La anciana apaga la cerilla inmediatamente, soplando sobre ella... pasan unos hombres, llevan árboles incinerados.

* * *

Anciano: Te has muerto de hambre, ya casi no miras al este, ya casi no me acuerdo.

Anciana: Ya no te acuerdas, no recuerdas cuál es el camino a casa... no pudimos huir de este pueblo, ya no recuerdas nada.

Anciano: Sí recuerdo.

Anciana: ¿Qué?

Anciano: Me acuerdo de tu olor, de tu olor a naranjo, me acuerdo de tus vestidos de flores, de tus trenzas y de la terraza y de esta banca y de que viajábamos, que buscábamos venecia, una ciudad rodeada de agua... ¿te acuerdas?

Anciana: Ay, para qué acordarse de una época pasada, ya no existe nuestro pueblo, ni la tierra... todo fue en vano... tú, yo. Tú y yo estamos viejos, las piedras no envejecen... tú, sí, tus manos y los dedos de tus pies... tus manos huelen a...

* * *

Alguien cruza el sitio desolado y deja un árbol pequeño

* * *

Alguien cruza el sitio desolado y deja un árbol pequeño.

Anciano: ¡Mira! Ahora piensan hacer un parque, la vida aparece entre las piedras, entre las ruinas.

Anciana: Pero ya no hay casas, ni calles, ni río, no hay escuela, ni flores, ni naranjos en flor.

Anciano: Pero si hay un árbol habrá un parque y habrá una banca y habrá una calle

y habrá casas y luego vendrá la gente, llegarán los animales y volverá a haber un pueblo, volverán las ciudades y habrá zoológicos y llegarán los niños.

Anciana: Ese árbol está muerto, lo abandonaron como a ti, como a mí.

Anciano: ¡No está muerto! Es un árbol pequeño, está joven... no está como tú y yo.

Anciana: Es un árbol viejo... por eso lo han tirado ahí.

Anciano: No está viejo, ni está muerto, ni está quemado, es un árbol pequeño... crecerá y volverá a existir un pueblo... tiene esa enorme responsabilidad de vencer la muerte, habrá una ciudad, habrá niños y habrá una escuela.

Anciana: Me duele todo el cuerpo... ya casi no tengo recuerdos, no sé si ese árbol está muerto o no existe... como tú, que solo miras al este y me esperas... siempre me esperas, como cuando estabas detrás de los arboles... te fuiste por el río.

Anciano: Tendremos que esperar que el árbol crezca... algún día habrá una iglesia.

Anciana: No necesitamos una iglesia... dios murió en el incendio, como todos.

* * *

***Cruza por el sitio desolado un
cristo en pedazos, incinerado.***

* * *

Anciano: Pero ibas a misa y escuchabas los sermones; recuerdo que después de comulgar sonreías siempre al niño pecoso, al que le decían llovizna... sé que le prometiste ser su novia y pensabas casarte con él... si no hay una iglesia, no me caso contigo.

Anciana: Si no hay una ciudad, si no hay una casa, no me caso contigo.

Anciano: Pero hay un árbol y pronto habrá más arboles, árboles frutales como los naranjos y vendrán los pájaros y habrá sol.

Anciana: Mi vestido de novia ya no es blanco, tiene ceniza... no resistirá... no hasta que construyan un pueblo.

Anciano: Siempre te he amado, incluso ahora, siempre me siento al lado de tu cama, un poco mojado; cuando finges dormir o no recordarme, a pesar de esas lágrimas que retienes en tus ojitos cerrados, o cuando esperas que vuelva del este y te veo rezar, me oculto tras la ventana y te persigo los domingos cuando vienes a esta banca y lees todas las cartas que conservas de mí, las que siempre te escribí en la escuela mientras fingía hacer las tareas...

Y tú hablabas de esas grandes ciudades que salían en las fotografías... nueva york, paris... no comías carne de cerdo, pero disfrutabas los helados de fresa en los recreos mientras mirabas a ese pecoso que lanzaba piedras al río, a los árboles, intentaba matar pájaros... ese pecoso desapareció y volvió el día en que todo olía a pólvora.



He guardado dentro de las yemas de mis dedos el único beso que te robé, ese beso que me diste y que yo apresuré sobre tus labios húmedos de helado; cuando recogí tus cuadernos... esperé toda la vida por un beso tuyo... deberías besarme aunque no estemos casados, he esperado tus besos desde que te sentabas en esta banca, en este parque... sabes que siempre te he amado... incluso ahora.

Anciana: ¿Tienes un pañuelo?

* * *

Él le da un pañuelo

* * *

Anciano: Si hay lágrimas, puede haber un río, ¿te imaginas un río de lágrimas? Podrían volver los peces, podría volver del este para siempre, para quedarnos siempre, podríamos casarnos.

Anciana: ¿Aunque estemos viejos? ¿aunque no puedas dormir? ¿aunque no haya un pueblo?

Anciano: ¿Dónde estamos?

Anciana: Aquí en nuestra banca, en nuestro parque hecho cenizas, aquí donde naciste... solos, estamos sentados sobre una banca viendo pasar funerales donde entierran casas, ventanas, árboles y animales muertos frente a un río seco, donde las piedras conservan los huesos, los huesos de don pacho, de sultán... de todos los perros.

Anciano: ¿Dónde estamos?

Anciana: Lejos.

Anciano: Lejos de dónde.

Anciana: Del este, de las tumbas... en el río, dentro del río, en una calle, envejecidos.

Anciano: ¡No! ¡no estás vieja! ¡estás hermosa!

Anciana: ¿Pálida?

Anciano: ¡Hermosa!... No hay vejez en tu pelo.

Anciana: Bromeas, estoy llena de canas.

Anciano: No, tu pelo es blanco.

* * *

Entra un hombre vestido como un ángel cualquiera, con las alas incineradas y los besa.

* * *

Anciana: (Dirigiéndose al ángel incinerado) el también quiere una ciudad, con calles, con casas.

Anciano: ¿Te acuerdas de las caminatas al altar de la virgen? Tú parecías una virgen con tu sonrisa pequeña, tímida... te arrodillabas a rezar por horas; la gente creía que estabas poseída por dios... ¿te acuerdas que después, en la tarde, conocimos el muelle, esa entrada rodeada de grandes árboles alrededor del cristo de la montaña...?

Anciana: Tú eres ateo, no había ningún

muelle, solo casas empedradas y caminos pantanosos y puertas cerradas y miseria.

Anciano: Cuando caminábamos, el humo no me dejó verte... me extravié, me soltaste la mano y me perdí, escuchaba explosiones, corrí por todos lados y no encontré el regreso a casa... pero vi el cristo ahí en medio de las bombas, en la montaña, y luego me guié por la iglesia en ruinas y supe llegar después de un largo tiempo hasta la banca de este parque... y ahí estabas tú... buscándome, con tus ojitos, cruzabas miradas por la calle y tu blusita de flores azules que estaban marchitas por tus lágrimas...

Anciana: Era una tarde soleada, el cielo estaba quieto, inmóvil por el miedo... y todo se hizo fuego a nuestro alrededor... y no estaba nerviosa... te extrañaba.

Anciano: Llovió, todo era gris incluso mis ojos llenos de ceniza... te vi triste... no pudimos regresar, la casa no estaba, no pudimos regresar, te arrullabas en el viejo columpio, ese que producía un ruido terrible como el de las botas metálicas, como el ruido de las balas el día de la quema, cuando los árboles murieron...

Anciana: En el columpio, sí, lo recuerdo... siempre te gustó carmen, ¿por qué me hablas de amor ahora?

Anciano: No era una calle, estábamos cerca del río, comíamos helado.

Anciana: ¿Con quién hiciste esa caminata, cuando estabas en tercer grado?

Anciano: No me acuerdo de carmen... pero me acuerdo de tu olor.

Anciana: Me dueles en todo el cuerpo... ¿qué hora es?

Anciano: Eres hermosa, quiero ir contigo al este y para siempre.

Anciana: ¿Qué hora es?

Anciano: Me acuerdo del olor de los naranjos, del olor a guayaba en mi camisa.

Anciana: El día que volvimos, vimos los muertos, las rosas y los caballos y las casas sin techos... no había nadie... nadie estaba vivo... no pudimos sobrevivir.

Anciano: Ya son las cinco, va a amanecer.

Anciana: Abrazame y déjame mirarte, quiero mirarte el resto de mi vida y sentir tu olor.

Anciano: Tengo que volver al este.

Anciana: Todo se hizo fuego a nuestro alrededor.

* * *

Un hombre entra al lugar desolado. Se sienta junto a ellos y enciende un tabaco... fuma largamente, el anciano mira al este, el hombre le entrega un bastón.

* * *

Anciano: Arrojaron los cadáveres uno a uno al desfiladero que siempre está lleno de garzas y de serpientes, ¿a dónde iría tanta vida? Todos iban cayendo al mar como títeres de trapo.

Anciana: Al río, nunca conocimos el mar.

Anciano: Y las olas arrastraban las pertenencias de las casas, trozos de aquellos hogares ahogados en la amargura de la existencia... un día vi tu vestido blanco de flores azules... todavía olía a fruta y el mar lo llevaba y lo traía... un día no volvió.

Anciana: Nunca conocimos el mar... hablas del río.

Anciano: Ven, asómate, mira, ¿no ves el mar?

* * *

Ambos miran

* * *

Anciana: No es el mar, es una nube, es el cielo, un pedazo del cielo que no está en llamas... el cielo también se muere.

Anciano: No... solo envejece.

Anciana: Abrazame... tus manos huelen bien.

Anciano: Cierra los ojos, mi naranjo en flor... iremos esta noche al este

* * *

El funeral aparece por el lugar desolado. Llevan dos ataúdes blancos, pequeños, nadie llora... un perro lleva entre los dientes un vestidito blanco de flores azules, se escucha un canto... el árbol florece... es un naranjo en flor.

* * *

Cali, abril 2011

Farley Velasquez

Medellín, 1966. Dramaturgo, director y actor, adaptador de Eurípides, Shakespeare, Kafka, Heiner Müller y Lorca. Ha escrito y dirigido numerosas piezas teatrales con el grupo hora 25. Entre sus piezas inéditas se encuentra el olor de los naranjos, que aquí ve la luz.

Ilustración
Natalia Ayala P